

Una pañoleta morada sobre los arrecifes

Guillermo Samperio

*a don Raúl Rosado Espínola (1916),
historionauta yucateco*

*Where do we go?, nobody knows
don't ever say you're on your way down
when God gave you style and gave you grace
and put a smile upon your face.*

Coldplay

*La mexicana Amalia Jerez Vega, de quince años
de edad, vuela de polizón en el tren de aterrizaje de
un Huntington que partió de París, a una altitud
de 12 528 pies, durante 56 minutos, aterrizando
en Londres.*

London Post, 1918

—PÁSATE, MI'JA —DIJO CANDELARIO Peniche López, un anciano repantingado en una silla de tijera y lona. Se pasó un pañuelo rojizo sobre la frente grande.

Una joven de ojos claros, vestido verde de una pieza arriba de las rodillas, entró al mediodía del comedor. Tomó asiento en otra de las sillas, sirvió un vaso de agua del jarrón de barro que estaba junto al florero con dos rosas amarillas secas.

—¿Cómo se siente, abuelo? —dijo, bebió un poco de agua y miró a los ojos pardos de Candelario—. Nunca se acostumbró a este calor, ¿verdad?

—Pensé que el calor de Santiago sería semejante al de Mérida, pero aquí como que te persigue —forjó un cigarrillo y lo encendió. El humo se enredó en el revuelto pelo cano.

—Sólo está en todos lados. Usté cree que lo persigue.

—Oye, Estefi, ¿me vas a enmendar la plana? Tú naciste aquí y eres más cubana que tu madre. Ya te lo he...

—No, abuelo —lo interrumpió—, vengo en son de paz —miró hacia el techo de dos aguas donde el humo del viejo hacía arabescos—. Quiero que me diga la verdad de cómo llegaron aquí usted y la abuela... Mi papá tiene una versión y mis tíos otras...

—Como cuáles —dijo el hombre, entornó los ojos y aspiró una profunda fumada; lanzó un tubo de humo espeso y tosió.

Dudando, la joven cruzó la pierna e hizo bambolear su sandalia. Se acodó en la mesa sin soltar el vaso:

—Que usted se la trajo en una lancha, por ejemplo... Que tuvieron que huir de don Venustiano Carranza... Que se la trajo de contrabando en uno de los primeros aviones... Hasta mi primo Jeremías dice que se vinieron nadando...

Candelario se carcajeó de pronto en medio de toses. Se levantó de la silla, rodeó la mesa, acarició el cabello rubio de la chica. Estefanía lo miró hacia arriba a los ojos, se dio cuenta de que un brillo acuoso los cubría; le tomó la trigueña mano nervuda y sintió un ligero temblor en el hombre encorvado.

—No quiero lastimarlo... pero la abuela acaba de morir y sería bueno que sus nietos supiéramos la verdad. Hágle los honores a la abue Amalia, abuelo.

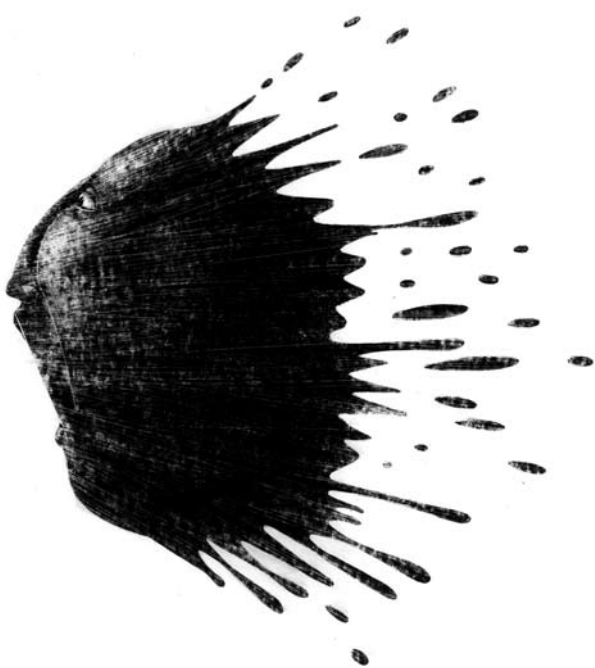
Candelario soltó a la nieta, regresó a su silla de tijera, se hizo un cigarro gordo, lo prendió, lanzó unas azulosas donas gordas que se deshilaron sobre la cubierta de la mesa, alcanzando, como una caricia humosa, el brazo de vellitos dorados de Estefanía. El hombre parecía pensar, indeciso; se pasó el pañuelo por los ojos. Dio otra fumada y, en medio del humo, dijo:

—Quizá tengas razón, pero... Bueno, te lo cuento a ti nada más para darte un regalo. Tú eres la única que decidió

ser piloto aviador como mi Amalia y a ti te pertenece la verdad —la voz casi se le quiebra—... Debo advertirte que la de la idea de guardar el secreto fue de ella, por lo que pudieran decir... en esa época la gente era muy...

—Quítese de tanto preámbulo.

—Ustedes los jó...



—Al grano, abuelito.

Candelario todavía se removió en su silla y miró por la ventana: sobre el enmarañado monte verdoso se alzaba ese cielo azul rey tan célebre en Santiago de Cuba, con sus nubes blanquísimas como de tarjetas postales chinas de los años cuarenta.

—Como sabes, pues, yo nací en Mérida, Yucatán. Mi familia siempre perteneció a la casta divina y yo, siendo el menor, era el consentido. Mis hermanos eran ya mucho más grandes... Mi padre andaba haciendo sus negocios de comercio y mi madre en sus enredos de la vida de sociedad. Así que me encargaron al cuidado de Clara Luz Pec Canul, una matrona prieta, medio obesa, que había asistido a las reuniones de las ligas femeninas organizadas por don Felipe Carrillo Puerto, que en paz descansa, mandado a fusilar a buen tiempo, decía mi padre, por el barbas de chivo Carranza. Clara Luz me quiso mucho, me platicaba de los mitos y las ciencias mayas, era una mujer de mano dura para los hombres; ella le pegaba a su marido y el hombre chaparrito nomás agachaba la cabeza.

Estefanía rió con gusto, se puso en pie y, tarareando un son montuno, se acercó al abuelo, le dio un beso en la frente

y tomó el tabaco para liarse un cigarro. Candelario frunció el entrecejo pero no hizo nada.

—Está bien —dijo, como dando permiso nada más por guardar las formas—... Te pareces mucho a Amalia...

La joven encendió el cigarrillo y le echó el humo a la blancuzca maraña de cabello del abuelo, quien prosiguió la confesión mientras ella regresaba a su silla:

—Clara Luz no fue diferente conmigo, aunque yo la acusara con mi madre; sí me preparaba de comer y me lavaba la ropa, pero yo la tenía que planchar y con plancha de carbón; ella hacía la sopa y yo preparaba la salsa y ponía la mesa en la cocina... Así fui creciendo hasta que llegué a ser el señorito; yo no conocí mujer sino hasta los dieciocho años, un día que me puse una borrachera y los amigos me llevaron con las damas de la noche... Pero mi padre ya me tenía asignada una novia, la Aída Manón, de la familia Ponce Molina, dueña de la mitad de Yucatán. Era una muchacha linda, de malos modos, medio caprichosa. Chillaba con el vuelo de una catarina; salíamos a caminar por el centro tomados de la mano y saludaba con su pañuelo bordado a todo el mundo y platicaba, a la menor provocación, con sus amigas, olvidándose de mí. Yo nomás la esperaba obediente, mientras miraba una palmera o a la más guapa de sus amigas... Una tarde que fuimos de excursión hasta las playas de Progreso, quise hacerle lo mismo que a la mujer de la noche, pero se negó, arguyendo que tenía que llegar virgen al matrimonio... que me esperara dos meses y vería lo sabroso que era... ¿Cómo sabía ella, dime tú, chica?

Estefanía alzó los hombros, dio una fumada, hizo donitas de humo, carraspeó y dijo:

—Se lo habrá imaginado o se lo contaron o se estaba haciendo la pendeja... pero, abuelo, ya es mucha historia... Se está desviando, como siempre... échele candela...

—Eres igual que... Oká, voy al grano... Por ese entonces, ya se habían hecho varios vuelos acrobáticos sobre Mérida, además de los hidroaviones que lanzaban propaganda de la cigarrera El Buentono. Los primeros aviones aterrizaban en un viejo estadio y la gente nada más abría la boca y aplaudía como si fuera una cosa de magia celeste. Se sembraron banderolas de distintos colores y se instaló un estrado para la banda municipal y dar el aspecto de circo aéreo. Los motores sonaban como hoy las motocicletas escandalosas, como rugido que espantaba a la gente cercana al armatoste... Y los aviones subían y bajaban. Una vez llegó uno un poco más grande, aterrizó muy bien; pero, al querer despegar, tuvo que frenar de emergencia, atropelló a Seferino, un peón que le hacía de mecánico, y el aparato casi se va sobre las gradas.

El piloto, un francés que medio hablaba español, dijo que sería imposible sacar el avión volando... Mi padre lo obligó a hacer el intento de nuevo pero fracasó sin atropellar a nadie... Tuvieron que desarmar el avión, lo sacaron por piezas y, a la semana siguiente, despegó por la avenida llena de palmeras gordas y fue el mejor espectáculo... La gente agitaba banderitas y los vendedores de comida y bebidas callejeras hicieron su agosto, como en cada vuelo o partido de beisbol... Los boletos se expendían en la Compañía de Tranvías de Mérida y en la locería de Mendicuti Rivas y, si mal no recuerdo, en la panadería El Bazar.

Estefanía sirvió dos vasos de agua, entregó uno al abuelo y apuró el suyo.

—Eso está bonito, pero no retrase más la verdad de la verdad...

—Bueno, chica —prosiguió Candelario, preparándose otro cigarro y dale a echar humo entre las palabras—; el caso es que vinieron los preparativos de mi boda. La familia de Aída Manón ya había hecho el trato con mi padre y, según recuerdo, le iban a entregar una zona de árboles de caoba y bochichi, dos haciendas y un buen plantío de henequén...

—Pues sí que valía usted mucho... —dijo la muchacha, soltando la risa; cruzó la pierna y el vestido verde quedó a medio muslo.

—Bueno, así eran las transacciones allá, digo, las cosas, la costumbre, Estefi... Acordaron, pues, que la boda sería un domingo en el estadio, para cuando vinieran los siguientes aviadores acróbatas... Faltaba un mes y todo fue dedicarse a la gran fiesta. Se compraron guayaberas de lino, se mandaron a hacer huipiles de hilo contado para las mujeres, se contrataron los mejores grupos musicales de jaranas, lechones para todo el estadio, vinos franceses, licor xtabentún y miles de cervezas, adornos y flores por aquí y por allá; hasta el presidente de la república mandó un representante. La casta divina estaba echando la casa por la ventana...

—Parecía un festejo de película yanqui... apúrele.

—Así se las gastaban... Al fin llegaron los tres aviadores, una mujer mexicana, un británico y de nuevo un francés. Fuimos a ver sus entrenamientos y ahí vi a la aviadora. Era muy linda, rubiecita ella, de ojos claros como los tuyos y le sabía bien a la mecánica. El presidente municipal me la presentó cuando ella acababa de atornillar algo debajo del biplano amarillo; ella dijo que su nombre era Amalia Jerez Vega. Me dio un apretón de manos y sonrió franca, sin importarle los manchones de grasa en sus mejillas sonrojadas...

—Es el novio... —dijo el presidente municipal.

—Ah, el señorito —agregó ella, burlona.

Estefanía también se rió y comentó:

—No lo imagino de señorito, abuelo... mírese la piernas: los pantalones arremangados y esas sandalias que se caen de viejas... ya le dije que se consiga unos zapatos de verdad... Sígame...

—Bueno, pues aunque se burló de mí, la tal Amalia me siguió gustando, aunque anduviera de overol caqui. Como faltaban varios días para la boda, platicamos varias veces; una vez, cuando nos aireamos por el Paseo Montejo, llevaba un vestido verde seco que resaltaba sus curvaturas, y la llevé al casino a tomarnos unas aguas frescas y a presumirla. Me dijo que se había hecho piloto en Inglaterra bajo las enseñanzas de Harriet Quimby, a escondidas de su familia de la ciudad de México, que la había mandado a estudiar pintura, y que primero había aprendido a volar globos aerostáticos... por eso, puso aquí el negocio de los globos. Luego, la fui a ver en sus entrenamientos y volaba tan bien como los extranjeros... Me maravillaba cuando su biplano daba tres giros en caída y después se levantaba como si fuera una águila real. Era un avión de alas amarillentas de los Duperdussin cuarta generación, de la compañía Werner Kaemmerer. Yo sabía que esa mujer iba a volar de mi vida después de mi casamiento; además, Aída Manón se puso celosa y me prohibió verla nunca más, pues le fueron con el chisme del Paseo Montejo... Sin embargo, me las arreglé para verla en un rincón de los portales; le propuse que se quedara en Yucatán, que yo nada más me casaba, me divorciaba luego luego y que nos íbamos de la península a donde ella quisiera...

—Pero de dónde sacó tanta valentía si usted era un señorito y hasta Clara Luz le daba sus nalgadas... —inquirió Estefanía, limpiándose el sudor con el antebrazo.

—No, Estefi, yo estaba que me llevaba el diablo. Yo veía cómo otros muchachos escogían a sus novias y tenían más licencias; todo lo que me platicó Clara Luz de las ligas de Carrillo Puerto, donde se hablaba de hombres libertados, útiles, felices, pero sometidos por familias como la mía, lo cual los volvía tristes y sin ganas de bailar, lo llevaba yo escondido en el alma. Y mi alma se quería rebelar, no importaba que Amalia se volviera mi amante y luego mi mujer o al revés, bueno, como fuera.

—Nunca lo había oído hablar así, abue...

—Te dije que era tu regalo. Pues le sigo porque la memoria ya está bien abierta y si lloro un poco no se me compunja usted. Pues la Amalia me dio el sí, la atrabancada, que nada más cumplía con un par de compromisos en el puerto de Veracruz y en la ciudad de México y que regresaba a Yucatán. El día de la boda al fin llegó y todo estaba preparado. El

obispo Zamudio Cerecero era el que se había ofrecido a oficiar la boda; se llevaron cincuenta monaguillos y unas veinte monjas vestidas de azul cielo, que representaban la pureza. El estadio estaba a reventar, cantaban y echaban porras, las cervezas pasaban de mano en mano y se acababan como si fueran vasos de agua; allí estaba todo el mundo. En un momento dado, mi suegro me jaló a su lado y me dijo que me tenía un último regalo: que antes del casorio, uno de los pilotos me iba a llevar a dar una vuelta por el cielo del estadio y que, como los aviones sólo eran de dos plazas, luego volaría Aída Manón... Yo le dije que no, que ni de casualidad me subiría a uno de esos armatostes... Fue a conferenciar con mi padre, vinieron ambos y me reprendieron... Al ver mi terquedad y el temblor de mis piernas, volvieron a conferenciar y, con cara de malicia en los dos, me dijeron que el vuelo lo haría con la piloto; aunque seguí con miedo, acepté, pues sería la última vez que iba a estar junto a Amalia... Me llevaron ante ella, me dejaron platicar un poco con ella; me confirmó que estaba en lo dicho, que regresaría a Yucatán una vez que las aguas se hubieran calmado... Luego luego vinieron unos mozos y me pusieron un overol, mi gorra de aviador y mis goggles para que el viento no me lastimara los ojos. Amalia llevaba una pañoleta morada al cuello y overol amarillo oro... Nos subimos, tomamos asiento, el estadio entero guardó silencio; nada más se escuchaba el run-run potente del motor. Amalia empezó a acelerar, yo sentía que el avión iba a estrellarse contra las gradas, casi veía las caras sorprendidas de mis paisanos. Y de pronto el biplano agarró altura, hizo un giro brusco hacia arriba y comenzó a dibujar un gran círculo sobre la cabeza de todo el mundo; se elevó en línea recta hacia unas nubes medio pintadas de anaranjado contra el cielo azul cobalto. Dio varias vueltas alrededor del estadio, tomó altura de nuevo y luego se dejó ir en picada hacia el centro de la cancha de beisbol, el vahído que sentí casi me desmaya pues creía que nos estrellábamos; de súbito se levantó con brusquedad y cobró altura, pasó casi rozando la cabeza del obispo, los monaguillos y las monjas, a un lado de Aída Manón con su cara de muina. Entonces, sonaron los gritos, los petardos y las campanas. Amalia hizo otro gran *loop* hacia las nubes naranjas. Enderezó el avión y se siguió de frente, volábamos sobre el Paseo Montejo, dio una vuelta por la Plaza Grande, sobrevoló en giros el campo de El Fénix, donde otra multitud se congregaba; tomó sobre la avenida La Paz, pasó la penitenciaría Juárez y dejamos el centro histórico atrás; las casas fueron desapareciendo, se enfiló hacia Progreso y pronto sobrevolamos las playas y entramos al mar, cuya superficie rizaba el viento... Comencé

a sentirme más tranquilo. Yo, tan tonto, pensé que me estaba dando un regalo al llevarme hasta el mar. A tu abuela se le desató la pañoleta morada y la vi caer sobre los arrecifes como si fuera un ave deshojada y Amalia se siguió de largo... De pronto, me vi en medio de la descomunal masa de agua; de momento, Amalia giró hacia mí, dejó que el avión volara solo sin importarle el vértigo que me poseía y me gritó: “Yo soy tu regalo de bodas”; tomó la dirección del aeroplano, seguimos de frente, mientras el mar iba cambiando de color del verde esmeralda al azul oscuro y al fin avistamos las playas de Cuba...

—O sea que te robó, abuelo... qué maravilla...

—Pero, mi'ja, este secreto es sólo para ti...

—Y qué pasó en Yucatán, ¿con tu familia? ¿Y Aída Manón?

—En ese entonces llegaban acá los periódicos de la península... Nos enteramos de que nos buscaron por cielo, tierra y mar, pero sólo encontraron la pañoleta de tu abuela; supusieron que nos habíamos ido a pique y que el avión había naufragado. Mis exequias fueron multitudinarias. Tu abuela es una heroína en la historia de la aviación mexicana, borrando la fama que tenía México de haber sido, durante su revolución, el primer país en utilizar el avión para fines bélicos. Amalia y yo nos hicimos los muertos y aquí nos quedamos... Luego, ella puso el negocio de globos aerostáticos y fue la que hizo volar el primer zepelín sobre esta isla que es una bomba calorífera...

Estefanía rió fuerte, lo mismo que Candelario, quien lió dos cigarros, los encendió, dio uno a su nieta. Caminaron abrazados hacia la puerta del bohío. El sol era una bola púrpura metiéndose en las montañas, el azul rey del cielo había cedido hacia un gris azulado. Así estuvieron, mirando hacia lo alto, seis aves cafés atravesaron el sol, dieron un giro y se posaron en los bordes de la vegetación. El viejo soltó a su nieta, le pasó la mano nervuda sobre el cabello rubio, entró al bohío, tomó una de las rosas amarillas secas, regresó junto a la joven y le ofreció la flor. Estefanía miró a los ojos de su abuelo y vio cómo el biplano del secuestro aterrizaba sobre playas isleñas en medio de la bruma.

—Esta flor, mi'ja, estuvo al lado del ataúd de tu abuela; guárdala. Su recuerdo te acompañará en tus vuelos...

—Oiga, abue, ¿el alma de la abuela estará con mis tíos de Miami o con los que se quedaron aquí?

—¿Tú dónde crees?•

GUILLERMO SAMPERIO es poeta, cuentista, ensayista y promotor cultural. Por su obra narrativa ha ganado diversas distinciones.